

LOS OJOS AMBARINOS

por

HENRY KUTTNER

La casa era enormemente vieja. Lo noté desde el principio. Corrientemente no soy muy sensitivo a tales impresiones, pero la alta casa de estilo holandés en la cual vivía Edward Geene parecía exhalar unos perceptibles miasmas de polvorienta antigüedad. La casa se encontraba en un pequeño valle de las montañas de Nueva Inglaterra, enteramente sola, y Keene la había alquilado para convertirla en su cuartel de verano, a fin de pintar una serie de cuadros del campo y montañas.

Yo pasaba mis vacaciones en Nueva York, y un domingo fui en auto a ver a Keene a quien conocía desde hacía mucho tiempo. Me abrió él mismo la puerta de la casa y me saludó cordialmente. Me extrañó en seguida la palidez de su rostro y el brillo febril de sus ojos. Le seguí a través de un oscuro vestíbulo hasta su estudio. Estuvimos fumando y charlando durante casi una hora antes de que el terror que se arrastraba por los ojos de Keene quedara explicado.

De pronto, cuando hablábamos de cosas pasadas, me puso una mano sobre las rodillas y me dijo:

—Johnny ¿parezco loco? He estado a ver a un médico y me ha dicho que no me encuentra nada malo; pero, indudablemente, algo no marcha como es debido. ¿Notas...?

—Acaso un poco de gripe—sugerí.—Tal vez has trabajado excesivamente, Ed. ¿Por qué ha de ser locura?

Me dirigió una dura mirada.

—Te lo voy a contar. He estado deseando contarlo a alguien desde el momento en que descubrí que no había ratas.

Le miré intrigado.

—Esta casa es muy vieja—continuó.—Se supone que hace mucho tiempo murió aquí una bruja. Y en casas tan viejas como ésta es muy natural encontrar ratas ¿no?

Asentí, y la mirada de Keene fué a posarse en la puerta. Esta estaba abierta, aunque yo hubiese jurado que al entrar la cerraré.

La expresión más horrible apareció por un momento en el rostro de Keene, y se desvaneció tan rápidamente que no pude analizarla. Noté una sensación de frío en la espina dorsal mientras él proseguía:

—No hay ratas, ni arañas, ni insectos. En esta casa no hay otra vida que la mía. No obstante, a veces, durante la noche, el entarimado cruje.

—Eres víctima de los nervios—dije.—Crujidos del entarimado. La próxima cosa que vas a decirme es que hay un fantasma en la casa.

—Sí,—me contestó—lo hay.